

SEÑORA: Niñito, psss, niñito...

JOSÉ: (Se sobresalta.) Dí-ga-me, señora...

SEÑORA: Señorita. ¿Qué haces?

JOSÉ: Se me perdió una canica y la busco.

SEÑORA: ¡Uy con ese agujero vas a llegar al centro de la tierra! Dime la verdad. No seas mentiroso. Te puedes salir pelos en la lengua...

JOSÉ: ¿Qué quieres que le diga?

SEÑORA: Pues, que te gusta hacer pastelitos de lodo...

JOSÉ: No soy niña.

SEÑORA: También hay pasteleros, panaderos, cocineros, ¿no sabías?

JOSÉ: (sigue escarbando con molestia.)

SEÑORA: Dime, por qué cavas esa fosa...

JOSÉ: Voy a enterrar mi televisión.

SEÑORA: Eres tonto, si está muy bonita.

JOSÉ: Tiene adentro un nido de ratones. Escuche, chillan.

SEÑORA: ¿Y son chiquitos?

JOSÉ: Sí

SEÑORA: Pero, de todas maneras una televisión no hace daño. Acaso te ha dado toques, te ha herido alguna de esas balas de las películas de guerra...

JOSÉ: Yo sé mi cuento y no me va a convencer.

SEÑORA: No, si yo sólo tenía curiosidad... (A cada movimiento de José, la señora grita asombrada:) ¡Mira! ¡Lombriz rojísima como una amapola, cochinillas que se hacen bolita, una raíz semejante a una cabellera blanca! ¡Es un tubo del drenaje, cuidado y lo rompas! ¡Idolos y utensilios prehispánicos...!

JOSÉ: Cállese, no me deja trabajar.

SEÑORA: (A gran velocidad enumera:) El Tesoro de Cuauhtémoc. Un gran hueso que un perro escondió. Hormigas. Petróleo. Lava de un volcán. Un zapato viejo. Una carta de amor. Un pedazo de plato. En español: ¡Qué horror, una calavera! ¡Un esqueleto! Una olla con oro. ¡Un antípoda! ¡Miles de ciempiés!

JOSÉ: ¡Qué no tiene que hacer! ¡Me aturde!

SEÑORA: (Saca de su chal un gatito barcino.) Voy a tirar este gatito, mi marido no lo quiere en casa...

JOSÉ: No que era señorita...

SEÑORA: Digo, mi tía que es que es una ogra me ordenó que se lo echara a los coyotes, pero yo no tengo corazón para hacerlo, se lo tuve que arrancar de las manos pues ya le iba a dar veneno. Debo tirarlo lejos para que no regrese, tal vez bajo las ruedas del tranvía, no sé...

JOSÉ: no sea mala.

SEÑORA: Si tú quisieras, con cuidado, lo puedes sepultar... Te lo cambio por tu televisión... mi tía se pondría feliz con las telenovelas.

JOSÉ: (Indignado.) A la que voy a enterrar con cuidado es a usted. (Le jala el vestido.) Junto a la televisión para que no se aburra...

SEÑORA: No, no por favor, toma al gato y haz con él lo que quieras... agárralo, no se vaya a escapar.

JOSÉ: (Trata de agarrarlo y el animal salta a una velocidad asombrosa y se pierde en el jardín.) ¡Se fue! Usted tiene la culpa. Lo espantó. Bruja. Lo traía ahogado en su cochino chal.

SEÑORA: Te di liebre por gato. (José continúa escarbando. El Fotógrafo hace un gran ademán. José interrumpe su labor y lo mira. El Fotógrafo le grita:)

FOTÓGRAFO: El mundo vuela.

JOSÉ: Qué...

FOTÓGRAFO: No, nada (José sigue escarbando. La señora dice con celeridad:)

SEÑORA: De la Tierra salen las voces de los muertos. Las semillas, los pies de la gente, la peineta y el lavamanos que perdí hace años, mi escoba... (Aparece la escoba y la señora monta en ella.) A barrer, a barrer la basura de los aires, la basura del humo, la basura de los camiones, coches, fábricas, a la gruñona de mi tía... (Grita) ¡Nada ganarás. Niño, con enterrar tu televisión, por las noches te va a jalar los pies y vas a tener pesadillas! (Improvisa un breve bailecito antes de alzar el vuelo y soltar sonoras carcajadas.)

FOTÓGRAFO: Niño, escóndete, hay moros en la costa.

JOSÉ: No le escuché bien, hable más fuerte.

FOTÓGRAFO: Ya es demasiado tarde.

(José sigue cavando. Aparecen el policía y el radiotécnico. Pantomima de buscar a un peligrosísimo ladrón. Reculan. Amenazan. Husmean.)

POLICÍA (En voz baja.) ¿No mataría a alguien?

RADIOTÉCNICO: No, sólo se robó una televisión.

POLICÍA: ¿Está seguro de que es un escuincle?

RADIOTÉCNICO: Sí, como de nueve o diez años...

POLICÍA: Pues se le llegó su hora. *(Hace como que va a disparar a diestra y siniestra).*

RADIOTÉCNICO: No, no dispare, puede darle a la tele...

POLICÍA: ¡Niño, estás rodeado! ¡Más vale que te entregues!

FOTÓGRAFO: Ahí no hay ningún niño.

RADIOTÉCNICO: ¿Y usted cómo lo sabe?

FOTÓGRAFO: Porque yo veo todo lo que pasa y lo retrato. ¡Miren, no será ese el niño que buscan! *(Señala un lugar donde no hay nadie.)*

RADIOTÉCNICO: Gracias, mano. Niño, detente, devuelve lo que te robaste...

POLICÍA: Córrale, carajo, que se nos escapa. *(Salen.)*

NIÑO: Gracias.

FOTÓGRAFO: Apúrate, pueden regresar.

(Entran el papá y la mamá en bata y pantuflas.)

MAMÁ: Por culpa de tu hijo no pude hacer mi gimnasia.

PAPÁ: Por culpa de tu hijito no voy a ver el partido.

MAMÁ: Es tu hijo, en todo se parece a ti, tus mismas mañas. ¡Ay pero cuando regrese a al casa va a ver!

PAPÁ: ¿Qué ganas con gritar, mujer? Mejor pregúntale a ese señor si no ha visto a nuestro hijo por aquí.

MAMÁ: Dice la portera que lo vio salir cargando la televisión y que después un tipo feo se puso a platicar con él. ¡Ay, Dios mío, ilumíname, muéstrame el camino para encontrarlo! Me muero si no veo la tele. Dice la portera que le dijo: Qué vas a hacer, Pepe, y él le contestó: voy a enterrarla bien hondo. Desde cuándo tuvimos un hijo sepulturero! *(Llora.)* ¡La sal llueve sobre nuestra casa! Y qué irá a pasar con Juana Armanda ¿la irán a meter a la cárcel? y ¿confesará Romualda que ella es la culpable...?

PAPÁ: Ya cállate... Oiga señor... usted... qué no oye, con un demonio.

FOTÓGRAFO: Si quiere usted algo, acérquese.

PAPÁ: Está sordo...

FOTÓGRAFO: Yo no respondo a los gritos.

PAPÁ: Majadero, indio pulgoso. me tiene que oír. *(Se acerca al fotógrafo.)* Oiga, no vio a un niño. Responda, le pregunté: no vio a un niño que cargaba una televisión.

FOTÓGRAFO: *(Sin decir nada, señala el punto donde vienen el policía, la señora de la escoba y el radiotécnico en una danza de tortura física.)*

POLICÍA: Confiesa escuincle ¿dónde enterraste la televisión?

SEÑORA: Ya le dije que soy una mujer, una dama...

RADIOTÉCNICO: A quién tratas de engañar, te conozco y si no desembuchas te hacemos manita de puerco.

POLICÍA: Si no confieas te voy a quemar con un cerillo.

RADIOTÉCNICO: Más te vale, qué te cuesta, dínos dónde enterraste la televisión...

SEÑORA: Yo no sé...

MAMÁ: José, hijo del diablo, porque nos quitaste la vida ¿dónde escondiste la tele...? *(Le da de coscorrónes a la pobre señora.)*

SEÑORA: Yo no soy José ¿qué no me ven las enaguas?

MAMÁ: A mí no me engañas con tus disfraces, toma, por desobediente. Por tu culpa no pude seguir mi clase de gimnasia. Toma, confiesa en qué panteón la fuiste a enterrar...

PAPÁ: Voy a darle de cintarazos para que aprenda a andar derechito, toma...

MAMÁ: Toma, por tu culpa ya no sé qué le va a pasar a Juana Armanda...

POLICÍA: ¡Momento! ¿Este niño es hijo suyo?

MAMÁ: Sí, por eso le pego.

PAPÁ: Y yo soy su papá, por eso le doy de cintarazos.

POLICÍA: ¿La televisión de quién es?

MAMÁ: Hasta la pregunta ofende... mía, señor policía.

PAPÁ: Yo la compré.

MAMÁ: Pero es mía.

POLICÍA: Niño, ya viste la angustia de tus padres, confiesa...

MUJER: *(Casi agónica.)* Está en la fosa común.

POLICÍA: No mientas porque te encerramos en un cuarto oscuro lleno de ratas...

NIÑO: *(Sale de su escondite).* ¡No, crueles! ¡Déjenla, brutos, aquí está su cochinado! *(Nadie lo ve ni lo escucha.)*

SEÑORA: En la tumba de Ama-do Ner-vo...

POLICÍA: ¿Quién es ese?, ¿tu cómplice, dónde vive...?

RADIOTÉCNICO: Se está burlando de nosotros, mi poli.

POLICÍA: ¡Ah, sí! Toma para que aprendas a respetar a la autoridad. *(Le jala las orejas.)*

SEÑORA: Ay, ay, no recuerdo... en el deshuesadero... ay.

POLICÍA: Muy hombrecito, no. *(Le da de cocos.)*

MAMÁ: ¡No le pegue en la cabeza, me lo va a dejar tarado, para eso tiene a su madre para que le pegue! *(Se lanza contra el policía. Todos se pegan, menos la pobre señora de la escoba que está casi muerta. Pero durante el pleito saca fuerzas de su flaqueza y sale.)*

MAMÁ: No le pegue a mi hijo, canalla, si ya casi lo mató.

POLICÍA: Vieja histérica, le está faltando a la autoridad.

PAPÁ: Muy valiente con las viejas, a ver una sopita conmigo.

RADIOTÉCNICO: Ay, quién me manda meterme en lo que no me importa, ay...

NIÑO: Aquí estoy, ya no se peguen. *(Nadie lo ve ni oye. Amasijo de golpes, gritos y danzas de furor en un tono de cine mudo, del Gordo y el Flaco, digamos. Carreras en cámara lenta y rápida. Salen.)*

NIÑO: No entiendo.

FOTÓGRAFO: Ya la enterraste...

NIÑO: Sí.

FOTÓGRAFO: Pero quedan miles y miles. Mira cuántas antenas en las azoteas.

NIÑO: Viste lo que pasó por mi culpa...

FOTÓGRAFO: Nada pasó, fue pura imaginación tuya.

NIÑO: Y la mujer que golpearon confundiéndola conmigo.

FOTÓGRAFO: Por allí la tengo en una bella foto: la quemaron viva.

NIÑO: ¿Por qué?

FOTÓGRAFO: Por bruja.

NIÑO: Y mis papás...

FOTÓGRAFO: Son malos, te pegaron.

NIÑO: A mí no, a la mujer...

FOTÓGRAFO: Pero te dolieron los golpes.

NIÑO: Sí, mucho.

FOTÓGRAFO: Allí vienen.

NIÑO: ¡Papá! ¡mamá!

(Entran el papá y la mamá, cargan una televisión cada uno. Felices. Bailan. No oyen ni ven al niño. Salen.)

FOTÓGRAFO: ¿Quieres trabajar conmigo?

NIÑO: Sí, a ver si aprendo.

FOTÓGRAFO: Es fácil. Vamos a ver todo como es, lo vamos a fotografiar y será la memoria del tiempo. Mira, el policía golpea a una vendedora de manzanas.

NIÑO: ¿No puedes retocarlos y que parezca que le compra manzanas?

FOTÓGRAFO: Eso sería mentir.

NIÑO: Mira, las palomas picotean los granos de trigo.

FOTÓGRAFO: ¿No quieres que tomemos una foto donde las palomas les sacan los ojos al policía y al radiotécnico?

NIÑO: Eso sería mentir.

FOTÓGRAFO: Mira a ese que toca el acordeón, 'La varsovia'...

NIÑO: ¿Ya viste a los danzantes?, vienen hacia nosotros.

FOTÓGRAFO: Y esos novios...

NIÑO: Y el globero...

FOTÓGRAFO: ... con sus nubes de colores amaestradas. Y el vendedor de algodones de azúcar...

NIÑO: Vienen tantos: mira el payaso con sus perritas que saltan el aro y el tragafuegos, pobre, con la garganta quemada y el merolico...

FOTÓGRAFO: No van a caber en el jardín...

NIÑO: ¿Y a mí no me vas a retratar?

FOTÓGRAFO: Después. Primero a ese señor que lee el periódico y a esa sirvienta sentada en el borde de la fuente y el sol entre las nubes.

NIÑO: ¿Sabes?

FOTÓGRAFO: ¿Qué?

NIÑO: Yo me voy.

FOTÓGRAFO: ¿Por qué?

NIÑO: No sé: allí hay un camino.

FOTÓGRAFO: Es una foto viejísima, se llama la vida, hace mucho tiempo que la tomé.

NIÑO: No importa. Yo lo veo nuevito. Adiós. Sabes, te quiero mucho.

FOTÓGRAFO: *(Llora mientras ve a José alejarse. En una pantalla aparece el cadáver de un niño lleno de flores.)*

TELON

- C. 1 Compara las situaciones de ambos textos y encuentra las semejanzas.
2 Lo acontecido en ambos textos:
. ¿pudo haber sucedido en México?
. ¿Te ha sucedido algo similar?
. ¿Qué harías tú para remediar situaciones como las presentadas en los textos?
Coméntalo.

En ocasiones, ocurren sucesos inesperados que ponen en estado de alerta a los seres humanos, los cuales se enfrentan a la eterna disyuntiva "hacer esto, o hacer lo otro", hacer el bien, dejar de hacerlo o hacer el mal. Los siguientes textos te presentan situaciones que ocurrieron en la realidad para que los examines y opines al respecto.

- III. A. 1.- Lee el texto "Hombres en tempestad" de Jorge Ferretis.
2.- Expresa brevemente cuál es el problema en el texto.
3.- Explica de qué manera se presentan los valores en el texto.
4.- Describe alguna situación actual parecida a la que se narra en el texto.

Hombres en tempestad

JORGE FERRETIS

Pocos árboles, grandes, quietos. Troncos oscuros como de roca estriada.

Comienza el mundo a destefirse con el alborao.

Muge una vaca que no se ve. como si el mugido se diluyera en la penumbra.

Al pie de uno de aquellos árboles tan solos, hay un bulto, como protuberancia del tronco, más oscuro que el color de la corteza. Pero aquel bulto es suave, tibio. Es tata José, envuelto en su cobija de lana, y encucillado junto al tronco. Viejo madrugador, de esos que se levantan antes que las gallinas dormilonas.

Antes de sentarse allí, junto al tronco, ya había ido a echar rastrojos a un buey.

En una choza de enfrente, se comienza a ver lumbre entre los carrizos. Adivínase adentro a una mujer, sentada sobre sus talones, en el suelo. Sopla y sopla sobre los rescoldos, hasta hacer que ardan unas ramas secas que rompía con las manos.

Del mismo jacal se ve salir luego una sombra friolenta. Es el hijo de tata José.

Sale embozado en su cobija, hasta los ojos, como su padre.

Llega junto al viejo, y se para, mudo, como pedazo de árbol. ¡Se entienden tan bien los hombres cuanto más poco se hablan!

Sin embargo, mucho después, el recién llegado dice:

-Anoche oí al tío Jesús.

-Sí -contesta el bulto empotrado junto al tronco.

-Oí que dende ajuera le pidía un güey.

-Sí -repite la voz reseca del viejo.

Tras una pausa, se oye al muchacho insistir:

-¿Y se lo emprestó?

-Pos sí, pa' que acomplete su yunta.

-¿Y' hora con qué barbechamos nosotros?

El viejo, en tono más seco aún, responde casi en son de reproche:

-Jesús' ta mucho más atrasao que nosotros. Nu ha preparao tierras. Y yo nu iba a negarle mi güey josco.

Vuelven a quedar callados, como dos bloques de sombra. Y en aquellos bloques, el amanecer comienza a cincelar con luz rostros humanos, duros, quietos.

Se escucha entonces una voz de mujer. Y se dijera que tiene la virtud de animar esculturas. Una vieja fornida asomando por el hueco de la choza, grita su conjuro: los llama a almorzar.

¡Almorzar! Los dos hombres acuden a sentarse junto a la lumbre. ¡Oh, aquellas tortillas que se inflan, una a una, sobre el comal! Blancura que se adelgaza entre las manos renegridas de la mujer, para dorarse luego sobre aquel barro quemante. Y unas tiras de carne seca, que por unos instantes se retuercen entre lo rojo de las brasas. Y unos tragos de café, de ése que antes de servirle, se oye burbujar en la olla. De ese que cobija a los prójimos por dentro. ¡Aaah! Tan calentito, que cuando lo sirven hace salir del jarro una neblina olorosa, calentita y cobijadora también.

Ya más claro el día, salieron los dos de aquel jacal. Ciertamente, no habían almorzado como para hartarse; pero llevaban los estómagos a medio llenar de aquella agua de café endulzada; de maíz cocido, y hebras de carne con chile. Lo suficiente para engañar a las tripas. Y hacerlas aguantar (aunque gruñeran) hasta ya caído el sol. ¡Sus tripas! Ellas bien que se daban cuenta del precio del maíz. Bien que se daban cuenta, por la parquedad o la abundancia con que la mujer les echaba tortillas.

Tata José y su muchacho no tenían premuras, y menos aquel día. ¡Claro que no hubiera sido posible negarle el *josco* al tío Jesús!

Se echaron, cada uno, un azadón al hombro, y tomaron su vereda, monte arriba.

De las lomas levantábanse vaporcitos de niebla que dejaban los cerros limpiécitos, remendados de milpas.

Sol. Mediodía. El cielo estaba caliente. Pero allá, sobre la sierra del norte, se amontonaba neblina. Tata José, con unos ojillos que le relumbraban entre arrugas, quedó un momento contemplando lejos, aquel amontonamiento de nubes.

El hijo, mirando también, advirtió:

-¡Qué recio' ta lloviendo allá pa'riba!

Y siguieron azadonando terrones.

Pero sobre sus espaldas, un trueno hizo temblar los ámbitos, desdoblándose por el espacio estremecido. Si el cielo fuera de cristal azul, aquel enorme trueno lo habría estrellado. Y habría caído sobre la gente hecho trizas.

-Vámonos -dijo el tata, echándose al hombro su azadón-. Esa tempestá nos coge.

Pero el muchacho, atrás, se detuvo con un grito señalando por una ladera, abajo, donde se contorsionaba el río:

-¡Mire, tata!

Los dos sintieron como agarrotados por la misma sospecha. Todavía no llegaba la tempestad, sin embargo, la creciente ya los había sorprendido. Los que trabajaban al otro lado, ya no podrían vadearla. ¡Y las tierras del tío Jesús estaban allá!

El viejo y su hijo bajaron al trote por las lomas. Sobre las márgenes del río, la creciente comenzaba a arrancar plataneros enteros. A los árboles grandes, les escarbaba entre las raíces, hasta ladearlos entre un estrépito de quebrazón de ramas.

Lejos, al otro lado, se deducía que algunos hombres gritaban desde una lomita. Agitaban los brazos y se desgañitaban, pero los bramidos de la corriente ya no permitían oír sus voces..

El agua subía y subía. Ya hasta dos o tres jacales habían sido arrancados de las vegas.

Mujeres y gallinas, cerdos y niños, chillaban por todas partes.

Tata José y su hijo, corriendo hacia donde el río bajaba, llegaron jadeantes hasta el paralelo de las tierras del tío Jesús. Allí, las vegas estaban convertidas en inmensa y alborotada laguna.

Como a un kilómetro, distinguieron al tío. Los bueyes de la yunta estaban desuncidos junto a él y miraban la inundación, medrosos. El viejo estaba inmóvil, erguido, con su larga garrocha en la mano clavada junto a sus pies. El montículo donde estaban se iba empujando más y más, cual si se derritiera. Inútil hasta gritar.

Enormes gotas empezaron a caer, oblicuas, desde el cielo emborronado. ¡Allí apenas empezaba a llover! ¡Y al *josco* se le iba a llevar la corriente! ¡Su *josco*!

El tata y su muchacho emprendieron otra vez carrera. ¡El aguacero arreciaba! A todo correr, ellos casi sentían como si las nubes los apedrearán. Eran unos gotazos tan grandes y tan fuertes, que se antojaban apuntados a reventarles los ojos. De repente, parecía como si en lo alto, entre chorros de agua tibia, mezclaran cubetazos de alcohol o de gasolina que se incendiasen entre la tormenta. Porque en el cielo empapado se abrían con fragor agujeros de lumbre. Carcajadas de un cielo borracho de tiniebla.

Hasta después de una hora, el chubasco amainó.

El tata y su hijo, como dos duendes desesperados, andaban todavía por el lodo de las laderas, espiando sobre las aguas. De seguro la creciente había arrastrado a su *josco*.

Cuando el cielo se apaciguó del todo, era casi de noche. Y los dos duendes angustiados abrían más grandes los ojos entre la penumbra.

- Nu hay nada, tata.

-Nu hay nada -contestó el viejo desolado, con la camisa y los calzones pegados al cuerpo, empapados en lluvia y sudor.

Pero de pronto, entre basuras y palos que flotaban, distinguieron una forma que braceaba débilmente sobre las aguas.

-¿Será el tío?

- ¡Jesúúú! -gritó el tata desde la orilla.

-¡Tío! -aseguró el muchacho.

Braceando apenas, para no sumergirse, el tío sacudió entre las aguas la cabeza.

-¡Eeh! -contestó con un grito apagado.

¿'On ta'l *josco*, tío? -preguntó a grito abierto el muchacho.

-Por ahí viene -respondió sacando fuerzas para gritar ahogadamente, señalando con el brazo hacia atrás.

Y agregó muy a penas:

-Aguárdenlo en el recodo.

Padre e hijo, efectivamente, distinguieron más lejos un bulto mayor. Y con el corazón a tumbos, adivinaron que era su res.

Movidos por igual impulso, antes que pensar en tirarse al agua para ayudar al tío Jesús a ganar tierra, echaron a correr hacia el recodo.

El cielo se había limpiado. Pero la luz tardaba en encender las crestas de los montes.

Y a la muy escasa luz de unas estrellas, el muchacho se tiró a la corriente, que se ensanchaba en un remedo del río.

Braceó entre la penumbra hasta alcanzar la sombra de la res. Y nadando junto a ella, empujábala, empujábala. Hasta que orillarla, antes de que a ambos los sorbiese una garganta rocosa donde, a lo lejos, seguía bramando el aluvión.

Tata José, metido hasta las corvas en el agua, enronquecía entre la oscuridad, gritando a su hijo y a su *josco*.

Hacia la medianoche, salió la luna. Hacia la medianoche también, el muchacho, casi desfallecido, logró empujar el buey hasta la orilla. Pero aquel lugar era rocoso, y el animal, entumido por tantas horas en el agua, no podía salir.

Entre la sombra, lejos, oíanse de vez en vez confusos gritos humanos.

Desde la orilla, el viejo se aventó como una gran rama junto al buey, que ya de entumido ni mugía. tras del chaparrón se vio al viejo manoteando hasta asirse de las ramas de un árbol que aún estaba bien cogido con sus raíces al paredón. Y el cuerpo negro se apudó a las ramas, para servir de retén al animal. Aquel gran volumen negro que flotaba, se habría deslizado lentamente hacia la desembocadura, si tata José no hubiera estado allí, hecho nudo, atrancándolo con los pies.

El hijo salió empapado y maltrecho, y comenzó a subir lomas. Quizá en el caserío encontrase gente que quisiera ayudarle en su ayuda.

Era de madrugada cuando el agua comenzó a descender. El muchacho regresó, seguido al trote por su madre y por otro hombrerito de once años al que sobraban deseos de servir, pero le faltaban fuerzas. Y entre jadeos de los cuatro, el *josco*, por fin, estuvo a salvo, aunque sin poderse tener sobre sus patas.

Allí amaneció, echado entre el lodazal, empanzonado de agua, con los ojos más tristes que el común de los bueyes y el hocico en el suelo. Ni siquiera ganas de pastura tenía. Inútil que el muchacho subiera a cortarle zacatón fresco.

Estuvo sin moverse toda la mañana, y tata José quedó cuidándole, encucillado cerca, dolorido y quieto.

Después del mediodía, el animal, con las patas temblonas, intentó levantarse. Y el viejo suspiró con alivio.

Al tío Jesús lo encontraron hasta el atardecer, exánime, mucho más abajo. El agua lo había dejado en tierra, al bajar la corriente. De seguro peleó, braceando, hasta lo último.

Lo encontraron antes que se hiciera duro, con el vientre crecido. Y lo empezaron a sacudir.

-Es que ha de'ber tragado mucha agua -dijo alguien. Y con una piedra redonda y pesada, le comenzaron a magullar aquel abultamiento. Otros le movían los brazos, cual si trabajasen con una bomba. Otros le gritaban al oído, larga, muy largamente. Le torcían la cabeza después. Y así, a estrujones y a gritos, fue volviendo a la vida. Cuando empezó a resollar y entreabrió un ojo, se alzó de todos los circunstancias un alarido sagrado. Como si cada uno hubiese realizado, en parte, aquel milagro de resurrección.

Pasaron unos días.

Entre el caserío no acababan aún los comentarios sobre las pérdidas de cada quien: uno, su chilar; otro, tres puercos y una muchachita. El de más abajo, sus plataneros llenos de racimos. Otro, su jacal y su mujer encinta. Aquél su chivo negro. El de más allá, un jarro sin oreja, donde guardaba dineritos.

Pasaron unos días.

Una tarde, vieron salir de su jacal al tío Jesús. Eran sus primeros pasos desde la noche aciaga.

Y aquellos pasos los encaminó hacia el jacal de José.

El tata salió a recibirlo.

Como si hiciera mucho tiempo que no se veían, en aquellos rostros ajados fulgía un gozo fraterno, fuerte. Sus cuatro manos se asieron en un gran saludo.

Luego, ambos fueron a sentarse frente a la choza, junto al árbol.

El tío Jesús había ido a darle las gracias. Se las debía, por haberle prestado su buey.

Tata José, un poco avergonzado, hubiera preferido no hablar de ello.

-Yo pensaba que 'tarías nojao -le dijo sin verle la cara.

-¿Nojao? -preguntó con extrañeza Jesús.

-Pos sí, porque yo y mi muchacho nos juimos a salvar a mi *josco* antes que a ti...

-¡Pero hombre! -exclamó Jesús- ¡Yo 'biera hecho lo mismo! Como qui un cristiano no cuesta lo que un *güey*. ¡Yo 'biera hecho lo mismo!

Y en su rostro no había, en verdad, sombra alguna de reproche ni de rencor. En verdad, sólo agradecimiento llevaba para quien había sido capaz de prestarle lo que tanto apreciaba.

Sentados en la tierra, el tata y el tío enmudecieron durante mucho rato.

Las nubes, empapadas en ocaso, se quemaban. El horizonte aparatosamente ardía, pero no impresionaba a los dos viejos, por más que les llenara con su lumbre los ojos. Ellos pensaban en la gloria de tener dos bueyes. Como el tata. Ya podía morir tranquilo un viejo que no había malgastado su existencia. Que podía legar a su muchacho aquella fortuna con cueros y rabo.

En aquellas tierras los hombres se mataban por cualquier cosa, a machetazos. O los fusilaban las patrullas por cualquier chisme. Por el hurto más insignificante, los ahorcaban. A una res, en cambio, no se la sacrificaba así como así. Había que pensarlo. A una res, así se pasara una noche dañando en milpa ajena, se la capturaba con miramientos. ¿Quién se ocuparía de pelear por adueñarse de un hombre? De una vaca en cambio...

El tío Jesús, indiferente al cielo, sobre la tierra floja se volvía sociólogo.

Y decía:

-¿Sabes cómo haría yo pa' que las gentes valiéramos más?

-¿Cómo?

-Pos si yo fuera'l dueño de México, mandaría qu'en los abastos se mataran gentes, y que vendieran sus carnes ¡muncho caras!, como a cinco pesos la libra, hasta que nos gustara comernos.

-¿Y eso pa' qué? -preguntó el tata, mirándolo fijamente.

-Pos ansina ¿no se te afigura que ya no se desperdiciarían gentes? ¿A que en ninguna parte has mirao que desperdicie un chivo?

-Hombre, pos no...

Y los dos viejos quedaron nuevamente silenciosos. Parecían dos figurillas de barro seco, alumbradas por la quemazón de aquellos nubarrones, que el ocaso incineraba como andrajos de cielo.

JORGE FERRETIS (1902-1962)

Nació en San Luis Potosí y es autor de diversas novelas, como: *Tierra caliente* (1935), *Cuando engañaron al Quijote* (1937), *San automóvil* (1938), Colección de novelas cortas, *El sur quema* (1937). También tiene cuentos que pertenecen a la novela de la Revolución Mexicana, como: *Hombres en tempestad* (1941), *El coronel que asesinó a un palomo* (1952) y *Libertad obligatoria* (1967).

- B. 1 Lee el texto "Triunfó el valor de mostrar el propio pánico" de Carlos Monsiváis.
- 2 Resume con tus palabras de qué se habla en el texto.
- 3 Expresa tu opinión relacionada con la valoración que hace el autor sobre el pueblo mexicano.

Triunfó el valor de mostrar el propio pánico

CARLOS MONSIVÁIS

-La solidaridad de la población se transformó en toma de poder.
(Collage de voces, impresiones, sensaciones de un largo día)

Día 19. Hora 7:19. El miedo. La realidad cotidiana en oscilaciones, ruidos categóricos o minúsculos, estallido de cristales, desplome de objetos o de revestimientos, gritos, llantos, el intenso crujido que anuncia la siguiente impredecible metamorfosis, de la habitación, del departamento, de la casa, del edificio... El miedo, la fascinación inevitable del abismo contenida y nulificada por la preocupación de la familia, por el vigor del instinto de sobrevivencia. Los segundos premiosos plenos de una energía que azora, corroe, intimida, se convierte en la debilidad de quien la sufre. "El fin del mundo es el fin de mi vida". Versos. "No pasa nada, no hay que asustarse. Guardemos la calma"... Y los consejos no llegan a pronunciarse, el pánico es segunda o primera piel, a ganar la salida, a urdir la fuga de esta cárcel que es mi habitación a distanciarse de esta trampa mortífera que fue el hogar o la residencia provisional. El crujido se agudiza, en el bamboleo la catástrofe se estabiliza, la gente se viste como puede o se viste sólo con su pánico, el miedo es una mística tan poderosa que resucita o actualiza otras místicas, las aprendidas en la infancia, las que van de la superstición a la convicción, las frases primigenias, las fórmulas de salvamento en la hora postrera.

El 19 de septiembre, en la capital, muchos carecieron de la oportunidad de profundizar en su medio.

-Me dí cuenta de todo a fondo, como que el pavor lo hace a uno consciente de cada movimiento, y al mismo tiempo, como que el pavor es una inercia autónoma. Advertí que sólo pensaba en mí mismo, y que trataba como podía pensar en los demás, en los míos. Me afligía y me serenaba, pero sin dejar de hacer las cosas, de gritar, de apresurar, de tranquilizar, de planear la salida, todo tan acelerado que no oía, sólo veía espectáculos. Estaba aterrado, pero el llanto de mi hija retumbaba dentro de mí, era interminable... lo seguí oyendo mucho rato después.

El sonido de los desplomes, las imágenes de los derrumbes, las poses fantásticas de los edificios al reducirse abruptamente a escombros. Paulatinamente, en un lapso de dos o tres horas, los habitantes de la ciudad se asomaron a la dimensión de lo ocurrido, los hoteles y condominios en tierra, las escuelas y los hospitales desvencijados, la precipitación del gran edificio de Tlatelolco, las miles y miles de víctimas, la respuesta masiva ante el desastre. Se implementaron, con reiteración orgánica, los términos que en los casos extremos cubre a las dos funciones: descripción y síntesis, evaluación y pena. Tragedia, bombardeo, catástrofe que, en primera instancia, son declaraciones de impotencia ante las fuerzas naturales, pesadumbre que al magnificarse se precisa, relatos que ya no necesitan extenderse.

El primer panorama lo proporcionó la radio, entre otras razones por estar sin luz gran parte de la ciudad y por hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informativa de la radio, hizo posible integrar una visión de conjunto, que la experiencia personal complementó: tráfico congestionado, la colonia Roma cruelmente devastada, el Primer Cuadro zona de desastre, en un radio de 30 kilómetros cerca de cien derrumbes totales o parciales, explosiones, alarmas insistentes sobre fugas de gas, incendios, cuerpos mutilados, noticias sobre la desaparición de grupos enteros de estudiantes, turistas aislados en su desamparo, hospitales evacuados, cuadrillas de socorristas y voluntarios, familiares desesperados, crisis de angustia en las calles, gritos de auxilio provenientes de los escombros, demanda de ropa, víveres y medicinas, solicitud prodigada de calma. Poco a poco el miedo cedió, pasó o coexistió junto al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, el azoro. "La peor catástrofe de la Ciudad de México".
